

## LA ABNEGACIÓN DE UN NIÑO MÚSICO

Wolfgang Mozart y su hermana Mariana estaban de viaje para Viena. Les acompañaba su padre, pues el niño, que tenía solamente diez años, debía dar conciertos en la gran ciudad.

El papá Mozart era músico él mismo, pero recibía poca paga por su trabajo de director de orquesta, y esperaba que los conciertos del niño prodigio le darían lo suficiente para ayudarlo a vivir.

El viaje de Salzburgo a Viena se hizo, en gran parte, por barco. Los niños hallaron mucho placer en ello, y se pasaban las horas apoyados sobre la baranda, mirando el paisaje o el río de aguas espumosas.

- ¿Por qué tienes aire tan triste? – dijo Wolfgang a su hermana. - ¿no te alegras de llegar a Viena? Dicen que es una ciudad maravillosa...

- Mira mi vestido – dijo la niña, - Dime si con esto podré presentarme ante las hermosas señoras que vendrán a escucharte.

El muchacho miró a su hermana. Y en verdad, su vestido había visto mejores días. Era demasiado corto, desteñido y remendado en diversos lugares.

- Es necesario que papá te compre otro – dijo con tono decidido el jovencito.

- No, ¿cómo le pediría esto a nuestro pobre padre? Tiene ya bastantes preocupaciones sin esto. Apenas si tuvo dinero para pagar nuestro viaje hasta Viena, los gastos de aduana para tu arpa y otros gastos. Cuando hayas dado tus conciertos, las cosas irán mejor; pero hasta entonces debo conformarme con mi vestido viejo.

Wolfgang no contestó pues pensaba en cómo podría realizar el deseo de su hermana. No pensó un momento en que su traje estaba bastante gastado también y que, para presentarse en público, le habría convenido tener uno nuevo.

De repente cruzó una idea luminosa por su mente y se sonrió solo. Si realizaba su proyecto, Mariana tendría su vestido nuevo.

Ya se iban acercando a la ciudad. Wolfgang, cuyos ojos brillaban y cuyo rostro expresaba animación, estrechaba contra sí su querida arpa.

- ¿Te alegras de ver Viena? – dijo el padre. - ¡Ya verás cuántas cosas lindas hay!

- Sí – dijo el niño – pero también tengo un poco de temor. ¿Crees que la gente será amable con nosotros?

- Así lo espero – dijo el padre. – Pero ya llegamos...

- Papá, quítale la funda a mi hermosa arpa, por favor.

- ¿Tan orgulloso te sientes de ella? – dijo el Sr. Mozart sonriendo y cumpliendo el deseo del niño.

- ¿Que tiene para declarar? – dijo el aduanero cuando se acercaron los tres viajeros.

- Esta arpa – dijo el padre.

- Es muy hermosa y de gran valor – dijo el hombre; y después de haber consultado la tarifa, mencionó una cifra tan elevada que los recursos de los viajeros bastaban apenas para sufragar este gasto.

Mariana y su padre se miraron consternados, pero Wolfgang no pareció preocuparse. Se instaló en un rincón, atrajo el instrumento hacia sí y tocó.

El aduanero miró al niño, estupefacto al ver que este hombrecito sacaba sonidos tan maravillosos del hermoso y pesado instrumento. Los dedos del pequeño artista recorrían las cuerdas y las pellizcaban con dexteridad. En algunos segundos, todos los concurrentes quedaron hechizados. Los viajeros se habían agrupado alrededor del niño y se dejaban conmover por los acentos a veces alegres y a veces nostálgicos.

- ¡Sigue! – dijo el aduanero, cuando Wolfgang parecía a punto de detenerse, y el niño comenzó de nuevo con más entusiasmo que antes, hasta el momento en que el padre le interrumpió para decirle:

- Ya se hace tarde; tenemos que marchar. He aquí su dinero, señor.

El aduanero sacudió la cabeza.

- No lo quiero – dijo. – Un niño que toca como él no paga derechos de aduana por su arpa. Nosotros, los que hemos gozado de su concierto, somos los que pagaremos. Guarde su dinero, señor y cómprele alguna cosa...Al oír esto, Wolfgang exclamó:

- Papá, podrás comprar un vestido para Mariana ahora. ¡Qué felicidad!

- ¡Este niño es extraordinario! – dijo el aduanero, - y es tan generoso como extraordinario.

Así fue como Mariana obtuvo un vestido nuevo para acompañar a su hermano en los conciertos que dió en Viena, conciertos que tuvieron gran éxito.